

Arratsaldeon, gabon guztioi. En primer lugar quiero agradecer la invitación de LOKARRI para participar en este ciclo de Mesas redondas con la paz como telón de fondo. Y en segundo lugar, felicitar a los organizadores por esta iniciativa para compartir la situación actual del proceso de paz vasco, que tanto anhelamos llegue a buen puerto y cuanto antes.

Lo importante de estas reflexiones que paso a exponer, no es lo que pensáis de ellas, o lo que piensa quien las desarrolla, sino lo que pueden ayudar a formar un mejor criterio entre todos. En esta posibilidad radica, precisamente, uno de los valores de estas Mesas redondas organizadas por LOKARRI.

Mi reflexión está estructurada en tres apartados: El primero, sobre el contexto actual de fragilidad en el que nos movemos. El segundo sobre la propia oportunidad para la paz, a pesar de todo. Y el tercero, sobre la consolidación en torno a dicha oportunidad de paz.

**1 – La paz parece caminar en una dirección irreversible pero el contexto aun es frágil.** Sin ir más lejos, LOKARRI afirma que la oportunidad actual para la paz y la esperanza creadas, son muy frágiles, que existen importantes obstáculos y que ETA sigue sin adoptar ningún compromiso de paz.

Algo se mueve, sin duda, pero la fragilidad es evidente. Existe el riesgo de un nuevo atentado y el riesgo de escisión en el entorno de Batasuna, a medida que se avance en el necesario desmarque. Desgraciadamente, la fragilidad de la expectativa de paz se hace manifiesta cuando nos acordamos de lo que pasó en Lizarra, en Anoeta y en la mesa de Loiola.

- a) ETA sigue activa y no da signos de plantearse un cese de la violencia tal y como se lo pide la inmensa mayoría de los vascos, incluso dentro de sus propias filas, como nunca hasta ahora se había manifestado.
- b) La izquierda abertzale tradicional está a medio camino. Todavía en torno al último Aberri Eguna, un comunicado de ETA expresaba su negativa a

seguir la declaración de Bruselas. Entonces, a Batasuna le pareció positiva aquella declaración; aunque el 24 de abril último, en Iruña y como continuación de la Declaración de Altsasu de noviembre del 2009, pidieron públicamente a ETA que atienda los emplazamientos de la declaración de Bruselas. Pero lo hicieron sin desmarcarse y sin pedirles tampoco que dejen las armas aunque manifestando que los atentados pueden llevar a una situación de colapso que impida una salida negociada; una de cal y otra de arena.

En dicha declaración de Bruselas, donde una veintena de personalidades piden a ETA que declare un alto el fuego al tiempo que animan al Gobierno español a dar una adecuada respuesta ante esta eventual decisión, se deja muy claro que los firmantes elogian los pasos propuestos y el nuevo compromiso público de la Izquierda Abertzale con los medios exclusivamente políticos y democráticos y una total ausencia de violencia (permanente y verificable) para conseguir sus objetivos políticos. Plenamente realizado esto... Es decir, que la paz es una actuación previa a todo lo demás. ETA (p-m) y los fundadores de Aralar completaron el camino antes que ellos.

Del documento "Clarificando la fase política y la estrategia" (2009) cuelgan la Declaración de Altsasu (que remite a los principios Mitchell) y Zutik Euskal Herria. De este último, me inquieta cuando leo atentamente la declaración Zutik Euskal Herria, en la que no existen referencias a las instituciones vascas elegidas democráticamente, mientras lo "democrático" llena el documento, como si hasta ahora, no hubiese habido democracia en Euskadi.

Aun parece que todo debe confluir *desde* y *para* la izquierda abertzale tradicional recordando algunas redacciones de este mundo muy próximas al tufillo soviético totalitario felizmente superado en Occidente. Además, les sigue pareciendo legítimas todas las modalidades de lucha que tendrán predicamento en función de la mejor táctica o estrategia, pero ajenas por completo a cualquier criterio ético, moral y democrático

vigente. Y para que no existan dudas, el colectivo de presos Gakoa afirmó recientemente que la lucha armada no ha sido puesta en cuestión (por su mundo, claro).

- c) Los partidos políticos están más divididos que nunca, o no menos que lo que han estado hasta ahora de cara a un bloque homogéneo como ya existiera en el Pacto de Ajuria Enea. No es de recibo que un País tan pequeño como el nuestro tenga más de doce formaciones políticas con posibilidades de representación: ¿Muchas ideologías o mucha dispersión y confrontación de voluntades? PNV, Batzarre, PP, PSOE, EB-IU, su escisión Alternatiba, EA, Aralar, UPN, NA Bai, UP y D, Hamaikabat, además del complejo Batasuna.
- d) La sociedad está cansada y desilusionada de la política (y de una judicatura, que todo hay que decirlo). La violencia de ETA ha diluido en el tiempo otras responsabilidades políticas en quienes se felicitan con la oportunidad que les brinda ETA para mezclar objetivos políticos legítimos y legales pendientes con el estigma etarra. En este contexto, la violencia ha propiciado el retorcimiento legal para alejar de las instituciones al llamado mundo radical con los resultados que todos conocemos, distorsionando la realidad del País. Esto no se hubiese producido en circunstancias democráticas normales, en ausencia de muertos y extorsiones.

**2 – ¿Oportunidad para la paz?** A pesar de esta fragilidad, todo apunta a que vivimos en un momento con serias opciones de que la paz llegue pronto a nuestro Pueblo. Una paz de mínimos que cuando llegue habrá que completar propiciando la reconciliación para que la deshumanización no se encostre en los corazones de las generaciones venideras. Brevemente, esta oportunidad la percibo en algunos signos externos:

- a) El proceso de implosión, “voladura controlada” o desandamiaje inexorable del terror ante la realidad incontestable de que, siguiendo como hasta ahora, no hay presente ni futuro político para ellos. Así lo perciben mayoritariamente sus bases y cada vez es más explícito y público.

- b) Su montaje ideológico hace aguas como nunca hasta ahora: el llamado “Proceso” no da más de sí. Como dijo un cronista político, otrora dirigente de ETA, “Pocas cosas hay más equívocas que un proceso. Pero la sola reiteración del nombre ha acabado convirtiéndolo en un fetiche singular. Poco importa que nadie sepa si estamos al comienzo del “proceso” o éste esté a punto de ser inaugurado. (...) El nombre hace que la cosa exista y, al tiempo, permite eludir las preguntas sobre esa misma cosa. Porque es ETA la que posee las respuestas a todas las preguntas. Pero quien pregunte demasiado será sospechoso de no creer en el “proceso”. Y concluye de forma muy clarificadora: “Por eso nadie osará preguntar en una asamblea de Batasuna como podrán recuperar la legalidad, porque sería tanto como aceptar la derrota y renunciar a la táctica del “proceso”.

Hasta ahora, Batasuna enredaba interpellando a todos en torno a su proceso de paz y de normalización política, sin responder a sus propias preguntas a base retos audaces que desenfocan sus carencias y miserias éticas, y sus enormes contradicciones al supeditarse a ETA. Cada vez es más difícil esconderse detrás de algunas audacias para tapar el miedo que también ellos deberán superar para enfrentarse a la paz.

- c) El éxito político esperado fruto de actuar como hasta ahora (negociación política ETA- Estado pasando olímpicamente de las instituciones vascas democráticas, etc.) se hace cada día más imposible, conscientes todos de que las tácticas y estrategias empleadas han estado sustentadas en perpetuar el conflicto hasta la victoria final (suya e impuesta).
- d) Existe una creciente socialización de la opinión de que ETA ha sido y sigue siendo un obstáculo decisivo para avanzar en aquello que dice defender desde su visión totalitaria de la realidad vasca. Una persona cercana a este mundo, me decía recientemente, no sin un poso de tristeza: al final, parece que la violencia se ha convertido en nuestro principal activo político diferenciador.

**3 – ¿Cómo consolidar esta oportunidad de Paz?** En primer lugar, la que parece cada vez más una obviedad: todo pasa por el cese definitivo de la violencia. Lo pide la gran mayoría de la sociedad vasca, de los representantes políticos en todas las instituciones democráticas, los expertos internacionales e, incluso, la mayoría de la parcela de la izquierda abertzale tradicional, según todos los sondeos.

No obstante, existen otras consideraciones que siempre han estado “ahí” y que, en mi opinión, son claves para consolidar la paz en la sociedad vasca. Apunto algunas de ellas:

1. Deslegitimación de la violencia. No se puede equiparar la situación actual con la de 1936, como algunos pretenden, porque aquellos gudaris tenían la legitimidad y legalidad de las fuerzas políticas vascas mayoritarias entonces, para defenderse de una agresión totalitaria e ilegal, aprovechada para que los nazis ensayasen nuevos horrores contra la población civil con la anuencia de Franco. En cambio, ETA actúa en contra del criterio de la mayoría del País y ahora son las propias instituciones democráticas las que están en el disparadero, y con ellas todos los demócratas.

ETA no ceja en su empeño por endosarnos al resto el mensaje de transferirnos su propia responsabilidad, de que el final de la violencia depende de todos los demás. Afortunadamente, la izquierda abertzale tradicional ha dado los primeros pasos para desmarcarse de esta aviesa misiva. Pero aun falta recorrer el camino hacia una mínima honestidad y coherencia ética en las reacciones ante la violencia, sea de un signo y de otro; violencia estructural, del Estado, del GAL... y de ETA.

Y aunque no tenemos un criterio único ni compartido sobre qué es la deslegitimación de la violencia, percibimos que nuestro País ya no gira en torno a ella; que sus victimarios pierden pie, y que el rechazo social que siempre fue mayoritario -siempre, a pesar de los mensajes en contrario de algunos deshonestos-, ahora parece ser una batalla ganada al castillo de sus justificaciones dialécticas.

Siempre será mejor una deslegitimación que culmine en la desaparición de ETA, tal como ocurrió con Terra Lliure o ETA (p-m), en lugar de una derrota militar, que solo añadiría más violencia y la posible presencia de otra “nueva” ETA derrotada pero con grupúsculos que sigan matando y extorsionando. Dependerá de ETA, de quienes aun le apoyan y también del Gobierno español.

2. Dicho lo anterior, El conflicto político sigue existiendo. La deslegitimación de la violencia de ETA y la esperanzada consolidación de la paz no suponen la desaparición del conflicto político; el cual, ni se debe resolver por las armas ni se debe enterrar con ellas. Al contrario, la paz debería acelerar su resolución. ETA (no solo ella) ha hecho mucho daño a las aspiraciones políticas mayoritarias de los vascos y haya trabajado por la deslegitimación de las instituciones democráticas. Habrá que estar atentos a quienes pretenden incluir en el paquete de la deslegitimación de ETA limitar el proyecto político democrático de la mayoría.
3. Recuperar los criterios éticos y morales mínimos de convivencia. Recuperar el respeto por las ideas del Otro, del diferente, desde las bases democráticas que nos hemos dado, imperfectas, sí, pero de mínimos infinitamente superiores y eficaces al autoritarismo violento para lograr soportarnos y respetarnos, para conseguir la conciliación social. Es aquí donde veo el encaje de las iniciativas de la educación para la paz, sin adoctrinamientos políticos adheridos. Me parece imprescindible un acuerdo de mínimos éticos en este tema. Un consenso suficientemente plural que socialmente ya existe en lo esencial pero que, inexplicablemente, la política no logra aunar. En opinión de Jon Mirena Landa, “habría que blindarlo”.

Una educación en los valores de la paz con la implicación de la comunidad educativa, que vaya al fondo y transmita a los alumnos la sensibilización necesaria. Incluso promoviendo una asignatura de ética centrada en la paz como un medio para desactivar el imán de la cultura violenta, de toda violencia como corresponde a una realidad tan polisémica como ésta.

4. El papel de las víctimas. ¿Quiénes son las víctimas? ¿Las víctimas directas?, ¿los familiares más cercanos, sus amigos?... En realidad, todos somos víctimas del desasosiego, del miedo, de la tentación del odio y de devolver con la misma moneda; víctimas del empobrecimiento social y moral, de la imagen distorsionada de nuestro Pueblo.

Lo planteo así porque, a mi juicio, hemos vivido una distorsión del papel que deben jugar las víctimas en la consolidación de la paz, que creo esencial. Una cosa son los derechos y el reconocimiento social, el apoyo y el cariño al que tienen derecho las víctimas y que nunca será suficiente; sus testimonios y vivencias como enseñanza de las generaciones más txikis. Pero otra cosa muy diferente es el papel activista político que algunas asociaciones concretas han creído tener, o se les ha concedido más allá de su legítima opinión y presencia social. La diferencia entre el papel jugado por unas (aleccionador) y por otras (cuestionable) les ha llevado a claros desencuentros cuando es tanto lo que les une. Estas divergencias resaltan el contraste entre su legítimo e imprescindible papel y el que corresponde a los partidos políticos conforme a su representación. Enseguida volveremos a las víctimas.

5. El papel del cristiano. Desde la laicidad, apelo a nuestro papel transversal en este tema, estando atentos para no caer en un protagonismo erróneo señalado hace un momento. En este sentido, para consolidar la paz abogo por fomentar una ética no ya de mínimos, exigible a los poderes públicos, sino de máximos. Como afirma Adela Cortina en su *libro Ética civil y religión*, “el cristianismo no es una ética de mínimos de justicia, sino una religión de máximos de felicidad. Los mínimos de justicia le parecen irrenunciables, pero tales mínimos no agotan el contenido de la religión cristiana. (...) Sus propuestas no compiten con la ética cívica, sino que la complementan. Mientras que la universalidad de los mínimos de justicia es una universalidad exigible, la de los máximos de felicidad es una universalidad ofertable”.

Cristianos como fomentadores del perdón y la reconciliación, sabiendo que el perdón es cosa de uno, pero la reconciliación solo puede ser cosa de dos. Y como el mejor exponente de todo esto, Juan María Uriarte da las pistas correctas para desterrar el odio y consolidar la paz social pero, sobre todo, la del corazón, a pesar de que algunos dolores nos acompañarán todavía mucho tiempo. Su ponencia titulada “Reconciliar” expuesta el 10 de mayo de 2006, en la XIV Semana Social “Ricardo Alberdi”, sigue de plena actualidad:

La trilogía “pacificar-normalizar-reconciliar” es para muchos la triple tarea capital que le espera a nuestra sociedad. Uriarte nos propone un concepto purificado de la reconciliación basado en el respeto mutuo entre personas y grupos: No es amnesia acerca del pasado sino memoria crítica sobre él (...) No es vehículo del espíritu justiciero ni mucho menos vengativo, sino fruto de la generosidad. La reconciliación es el proceso por el que las partes enfrentadas deponen una forma de relación destructiva y sin salida, y asumen una forma constructiva de reparar el pasado, de edificar el presente y de de preparar el futuro.

Si queremos la reconciliación con sinceridad y realismo -prosigue el documento-, habremos de tener en cuenta estos tres presupuestos: 1) La aceptación de “los otros” como semejantes. 2) Reconocer a “los otros” como diferentes. 3) Aceptar el carácter invulnerable de la dignidad humana.

Respecto de las víctimas, el objetivo prioritario es restaurar su desgarrada humanidad con independencia del signo u origen de la violencia. Incluso hay víctimas que han sido a la vez agresores y agredidos por la violencia. Las hay provocadas por el terrorismo y víctimas generadas por abusos de las fuerzas del orden. Y todas ellas necesitan ser atendidas de manera diferenciada y proporcionada. No es la verdad y la justicia de la causa lo que les convierte en víctimas, sino el sufrimiento hondo y el daño irreversible.

Todo ello obliga a combinar armónicamente justicia y clemencia, sin medias tintas como es el caso de la autocrítica del agresor, su acercamiento a la víctima y su reinserción social, así como en la reconstrucción de las relaciones personales, grupales e institucionales.

Si el objetivo de la reconciliación individual es la restauración y curación de las personas desgarradas, el de la reconciliación social es la reconstrucción moral de las bases de una vida social más justa, más segura, más solidaria y, por ello, más inmunizada al retorno de la violencia. Pero todo pasa por el diálogo como el instrumento clave de reconciliación entendida como verdad, justicia y perdón. Desde aquí se entiende mejor el papel evangélico de Buena Noticia: es Dios quien inicia y suscita la reconciliación que derriba los muros que nos hacen extraños y enemigos.

Uriarte nos urge a promover una “cultura de paz” y nos advierte de que la reconciliación nos restituye al estado anterior a la confrontación violenta: el vacío y la herida están ahí; pero con la reconciliación, los agresores y agredidos pueden operar un cambio decisivo al recuperar su humanidad y descubrir el respeto y la aceptación del diferente desde la generosidad para perdonar y aceptar el perdón. Y con ellos la sociedad toda.

Acabo con una cita anónima muy significativa: “Sembrar la paz en los espíritus y alarma en las conciencias: he aquí todo un programa”.

Eskerrik asko